

CIVRA



RUBEN - DARIO

519

TOMO II - MEXICO - NVM-I.

6

2

PQ7519

D3

1916

34

2

FRANCISCO NAVARRO.

TEL. MEX. 623 NERI.

ERICSSON 7903.

"GRAN BAZAR"

AVENIDA FRANCISCO I. MADERO. 28.

CENTRO DE ARTE Y CULTURA.

EXPOSICIONES PERMANENTES DE MUEBLES FINOS
ANTIGUOS Y MODERNOS.

DEPARTAMENTO DE ANTIGUEDADES:

Escritorios Bargueños Siglo XVI. Cómodas
BULL. Muebles Bretones. Tibores Chinos y Ja-
poyeses. Cristos Marfil y Madera Siglos XVI y
XVIII. Notable cuadro "Muerte de San Francis-
co", de Solís, Pintor Español Siglo XVII.
(\$ 1500.00 oro Nacional.)

DEPARTAMENTO MODERNO.

Recámara Luis XV, 7 piezas. Comedor In-
glés 10 piezas. Recámara laca, para niña. Ajuares
todos estilos.

PROXIMAS EXPOSICIONES:

- 1ª Selección de pinturas de Magos Amaya.
 - 2ª de varios artistas, Pinturas y Esculturas.
- ANTES DE COMPRAR O VENDER VISITE UD. ESTE

ESTABLECIMIENTO.

TODO DE OCASION.

13831

CULTURA

SELECCION
DE BUENOS
AUTORES ?

ANTIGUOS
Y
MODERNOS

DIRECTORES

AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ
JULIO TORRI

RUBEN DARIO

VERSOS SELECTOS

ESCOGIDOS POR

AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

TOMO II MEXICO - NVM. I.

31621

pφ 7519
D3
1916



1020101587

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. L.

Noviembre 15 de 1916.

IMPRENTA «VICTORIA»—4ª VICTORIA 92

AL MARGEN DE LA SELECCION

Quienes deseen recopilar las impresiones y juicios que acerca de Rubén Darío se han expuesto, que recurran —con ciertas prevenciones— al inflexible don Juan Valera, al exquisito y sereno don Justo Sierra, al acertado y profundo José Enrique Rodó, al temible erudito don Andrés González Blanco, a Pedro Henríquez Ureña, a Rufino Blanco Fombona y..... a tantos otros; pero más que las impresiones ajenas —útiles sí para una íntima documentación— que busquen en la sima profunda de la lírica del propio Darío, la quinta esencia de su inspiración. De él si no puede decirse, como de aquél, que sus críticos —por muy geniales que lo sean, y en el caso presente lo son algunos— le hayan hecho el mayor bien transparentando aquellos aspectos de su personalidad que sólo pueden descubrir *algunos*. Rubén Darío —según ya se ha observado— es asimismo, como todo genial escritor, el mejor crítico de su propia personalidad.

Levántese con aristocrático ademán, lenta y armoniosamente, el leve tul adamascado que nimba la obra del poeta y descúbranse las múltiples facetas de ese diamante, de tan complicado pulimento, cuya límpida blancura de cisne se destaca entre las mil irizaciones multi-

colores que la luz arranea al retozar alegremente en los quiebres de sus prístinas aristas.

De cuantos poetas han cultivado la lírica castellana es éste, sin duda, el más complejo por la multiplicidad de sus manifestaciones: mentira que sea solamente poeta de Europa, pagano exaltado, cantor exclusivo del sensualismo, aristócrata afeminado, simbolista por copia y parnasiano a lo *doublé*. No, Rubén Darío es un poeta de Europa y de América, oriental y genuinamente helénico a ratos: es un cosmopolita; tan pagano como cristiano; que canta con la misma sonora exquisitez y principesca distinción el arrebató bestial del sensualismo, como la sublime conjunción del más puro ideal; que si imitó en principio —y ¿quién que comienza no sigue derroteros trazados?— a Núñez de Arce y a Heredia, a Quintana y a Tassara; después a Heine y a Becquer, alcanzó en cambio en la prosa la suprema altura de los Goncourt y supo trasplantar a nuestra lengua las modalidades más bellas y puras de la estética francesa; y que si es a ratos simbolista y parnasiano, es en muchos otros, genuinamente clásico. Sintetiza, en fin, el movimiento moderno de las letras castellanas, cuyo germen plantó en América nuestro Gutiérrez Nájera, revolución de proyecciones tan amplias, que al derrocar —con irreverencia de iconoclasta— los envejecidos fetiches, instauró nuevos procedimientos en métrica y versificación, cambió estilos y fundó escuela. ¿Que fué un decadente? si el nombre tiene en su connotación el significado de genial, está bien puesto, si no, al seguir aplicándose, el tiempo le creará esa nueva acepción.

En la presente selección se ha procurado dar cabida al mayor número de poesías, de aquellas cuyo valor representativo y característico de alguna de las modalida-

des de Darío, sea reconocido; por tal razón se han incluído aquellas primeras rimas tan festejadas en su tiempo, pero de un valor literario relativo, al lado de las magistrales producciones de *Cantos de Vida y Esperanza* y *Prosas Profanas*.

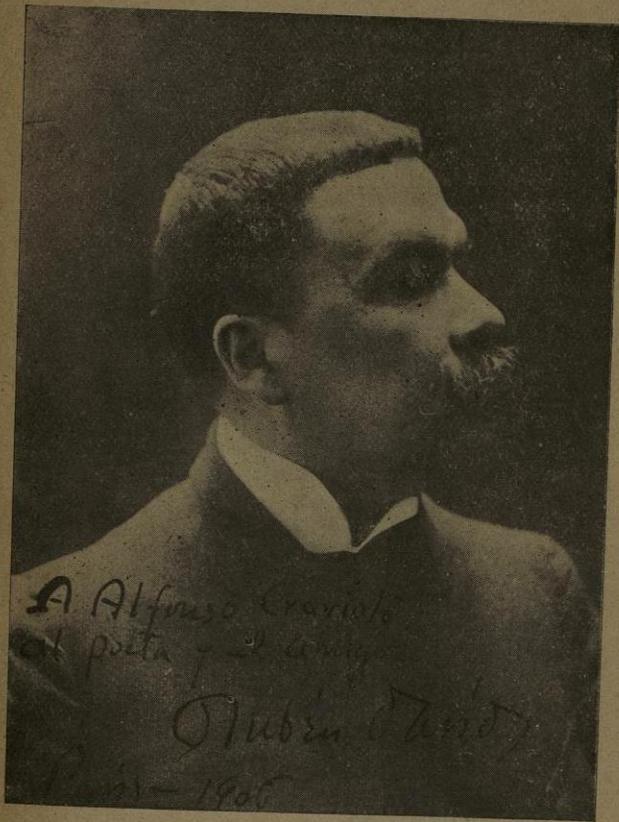
Creemos sintetizar en el medio centenar de composiciones que aquí aparecen —en lo que a verso se refiere— la obra PERSONALÍSIMA del poeta de *Azul*, cuya influencia definitiva y benéfica para los que no se unsen a carro alguno sin fuerzas y alientos propios, ha sido en cambio nefasta para el grupo de mediocres que servilmente han copiado un estilo y una forma que no son capaces de comprender.

A. L. CH.

des de Darío, sus reconocidos; por tal razón se han in-
cubido algunas nuevas rimas las testadas en su
tiempo, pero de un valor literario relativo, al lado de
las magníficas producciones de Gaitán de Liza y López-
Trujillo y Luján Trujillo.

Ciertos similitud en el medio de escribir de composi-
ciones que aquí aparecen — en lo que a verso se refiere —
la obra más importante del poeta de Liza, cuya influencia
es definitiva y perdurable para los que no se unen a es-
to mismo sin fuerza y algunas mejoras, ha sido en
cambio notable para el grupo de poetas que se ven-
turan han copiado su estilo y una forma que no son co-
poces de comprender.

A. L. G.



A Alfredo Craxich
el poeta y el crítico
Rubén Darío
1905

RIMA

Cuando la vió pasar el pobre mozo
Y oyó que le dijeron: ¡Es tu amada!
Lanzó una carcajada,
Pidió una copa, y se bajó el embozo.
—Que improvise el poeta.

Y habló luego
Del amor, del placer, de su destino.
Y al aplaudirle la embriagada tropa,
Se le rodó una lágrima de fuego,
Que fué a caer al vaso cristalino.
Después . . . tomó su copa,
Y se bebió la lágrima y el vino.

RIMA

LA CIFRA.

Tenía una cifra
Tu blanco pañuelo:
Roja cifra que nombre no era
El tuyo, mi dueño.
La fina batista
Crujía en tus dedos.

—¡Qué bien luce en la albura la sangre!
Te dije, riendo.
Te pusiste pálida,
Me tuviste miedo.
¿Qué miraste? ¿Conoces acaso
La risa de Oteló?

ESTIVAL

I

La tigre de Bengala,
Con su lustrosa piel manchada a trechos,
Está alegre y gentil, está de gala.
Salta de los repechos
De un ribazo, al tupido
Carrizal de un bambú; luego a la roca
Que se yergue a la entrada de su gruta.
Allí lanza un rugido,
Se agita como loca
Yeriza de placer su piel hirsuta.

**

La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo
Rescoldo; y en el cielo
El sol inmensa llama.
Por el ramaje obscuro
Salta huyendo el kanguro.
El boa se infla, duerme, se calienta
A la tórrida lumbre;
El pájaro se sienta
A reposar sobre la verde cumbre.

Siéntense vahos de horno;
Y la selva indiana
En alas del bochorno,
Lanza, bajo en sereno
Cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
Respira a pulmón lleno,
Y al verse hermosa, altiva, soberana,
Le late el corazón, se le hincha el seno.

**

Contempla su gran zarpa, en ella la uña
De marfil; luego toca
El filo de una roca,
Y prueba y lo rasguña.
Mírase luego el fianco
Que azota con el rabo puntiagudo
De color negro y blanco,
Y móvil y felpudo;
Luego el vientre. En seguida
Abre las anchas fauces, altanera
Como reina que exige vasallaje;
Después husmea, busca, va. La fiera
Exhala algo a manera
De un suspiro salvaje.
Un rugido callado
Escuchó. Con presteza
Volvió la vista de uno a otro lodo.
Y chispeó su ojo verde y dilatado
Cuando miró de un tigre la cabeza
Surgir sobre la cima de un collado.
El tigre se acercaba.

**

Era muy bello.
Gigantesca la talla, el pelo fino,

Apretado el higar, robusto el cuello,
 Era un don Juan felino
 En el bosque. Anda a trancos
 Callados; ve a la trigre inquieta, sola,
 Y le muestra los blancos
 Dientes, y luego arbola
 Con donaire la cola.
 Al caminar se vía
 Su cuerpo ondear, con garbo y bizarría.
 Se miraban los músculos hinchados
 Debajo de la piel. Y se diría
 Ser aquella alimaña
 Un rudo gladiador de la montaña.
 Los pelos erizados
 Del labio relamía. Cuando andaba,
 Con su peso chafaba
 La yerba verde y muelle;
 Y el ruido de su aliento semejaba
 El resollar de un fuele.
 El es, él es el rey. Cetro de oro
 No, sino la ancha garra
 Que se hinca recia en el testuz del toro
 Y las carnes desgarras.
 La negra águila enorme, de pupilas
 De fuego y corvo pico relumbrante,
 Tiene a Aquilón; las hondas y tranquilas
 Aguas, el gran caimán; el elefante,
 La cañada y la estepa;
 La vívora, los juncos por do trepa;
 Y su caliente nido
 Del árbol suspendido,
 El ave dulce y tierna
 Que ama la primer luz.

El, la caverna.

* * *
 No envidia al león la crin, ni al potro rudo
 El casco, ni al membrudo
 Hipopótamo el lomo corpulento,
 Quien bajo los ramajes del copudo
 Baobab, ruge al viento.

* * *
 Así va el orgulloso, llega, halaga;
 Corresponde la tigre que le espera,
 Y con caricias las caricias paga
 En su salvaje ardor, la carnícera.

* * *
 Después, el misterioso
 Tacto, las impulsivas
 Fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
 Y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
 Bajo las vastas selvas primitivas.
 No el de las musas de las blandas horas
 Suaves, expresivas,
 En las rientes auroras
 Y las azules noches pensativas;
 Sino el que todo enciende, anima, exalta,
 Polen, savia, calor, nervio, corteza,
 Y en torrentes de vida broto y salta
 Del seno de la gran Naturaleza.

II

El príncipe de Gales va de caza
 Por bosques y por cerros,
 Con su gran servidumbre y con sus perros
 De la más fina raza.

* * *
 Acallando el tropel de los vasallos,
 Deteniendo traillas y caballos,

Con la mirada inquieta,
Contempla a los dos tigres, de la gruta
A la entrada. Requiere la escopeta,
Y avanza, y no se inmuta.

* * *

Las fieras se acarician. No han oído
Tropel de cazadores.
A esos terribles seres,
Embriagados de amores,
Con cadenas de flores
Se les hubiera uncido
A la neyada concha de Citeres
O al carro de Cupido.

* * *

El príncipe atrevido,
Adelanta, se acerca, ya se para;
Ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;
Ya del arma el estruendo
Por el espeso bosque ha resonado.
El tigre sale huyendo
Y la hembra queda, el vientre desgarrado.
¡Oh, va a morir!... Pero antes, débil, yerta,
Chorreando sangre por la herida abierta,
Con ojo dolorido
Miró a aquel cazador; lanzó un gemido
Como un ¡ay! de mujer... y cayó muerta.

III

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño
A los rayos ardientes
Del sol, en su cubil después dormía.
Entonces tuvo un sueño
Que enterraba las garras y los dientes
En vientres sonrosados

Y pechos de mujer; y que engullía
Por postres delicados
De comidas y cenas,—
Como tigre goloso entre golosos,—
Unas cuantas docenas
De niños tiernos, rubios y sabrosos.

A MARGARITA DEBAYLE

Margarita, está linda la mar,
Y el viento
Lleva esencia sutil de azahar;
Yo siento
En el alma una alondra cantar:
Tu acento.
Margarita, te voy a contar
Un cuento.

Este era un rey que tenía
Un palacio de diamantes,
Una tienda hecha del día
Y un rebaño de elefantes,
Un kiosco de malaquita,
Un gran manto de tisú,
Y una gentil princesita,
Tan bonita,
Margarita,
Tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
Vió una estrella aparecer;
La princesa era traviesa
Y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
Decorar un prendedor,
Con un verso y una perla,
Y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
Se parecen mucho a tí:
Cortan lirios, cortan rosas,
Cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,
Bajo el cielo y sobre el mar,
A cortar la blanca estrella
Que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
Por la luna y más allá;
Mas lo malo es que ella iba
Sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
De los parques del señor,
Se miraba toda envuelta
En un dulce resplandor.

Y el rey dijo: «¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
Y ¿qué tienes en el pecho,
Que encendido se te ve?»

La princesa no mentía,
Y así, dijo la verdad:
«Fuí a cortar la estrella mía
A la azul inmensidad.»

Y el rey clama: «¿No te he dicho
Que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar.»

Y dice ella: «No hubo intento;
Yo me fuí no sé por qué;

Por las olas y en el viento
Fuí a la estrella y la corté».

Y el papá dice enojado:
«Un castigo has de tener:
Vuelve al cielo, y lo robado
Vas ahora a devolver».

La princesa se entristece
Por su dulce flor de luz,
Cuando entonces aparece
Sonriendo el buen Jesús.

Y así dice: «En mis campiñas
Esa rosa le ofrecí:
Son mis flores de las niñas
Que al soñar piensan en mí.»

Viste el rey ropas brillantes,
Y luego hace desfilar
Cuatrocientos elefantes
A la orilla de la mar.

La princesita está bella,
Pues ya tiene el prendedor
En que lucen con la estrella,
Verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
Y el viento
Lleva esencia sutil de azahar:
Tu aliento.
Ya que lejos de mí vas a estar,
Guarda, niña, un gentil pensamiento
Al que un día te quiso contar
Un cuento.

VESPERAL

Ha pasado la siesta
 Y la hora del Poniente se avecina,
 Y hay ya frescor en esta
 Costa, que el sol del trópico calcina.
 Hay un suave alentar de aura marina,
 Y el Occidente finje una floresta
 Que una llama de púrpura ilumina.
 Sobre la arena dejan los cangrejos
 La ilegible escritura de sus huellas.
 Conchas color de rosa y de reflejos
 Aereos, caracolillos y fragmentos de estrellas
 De mar forman alfombra
 Sonante al paso en la armoniosa orilla.
 Y cuando Venus brilla,
 Dulce, imperial amor de la divina tarde,
 Creo que en la onda suena
 O son de lira, o canto de sirena.
 Y en mi alma otro lucero como el de Venus arde.

EL CISNE

Fué en una hora divina para el género humano.
 El Cisne antes cantaba sólo para morir.
 Cuando se oyó el acento del Cisne wagneriano
 Fué en medio de una aurora, fué para revivir.
 Sobre las tempestades del humano océano
 Se oye el canto del Cisne; no se cesa de oír,
 Dominando el martillo del viejo Thor germano
 O las trampas que cantan la espada de Argantir.

¡Oh Cisne! ¡Oh sacro pájaro! Si antes la blanca
 (Helena)

Del huevo azul de Leda brotó de gracia llena,
 Siendo de la hermosura la primera inmortal,

Bajo tus blancas alas la nueva Poesía,
 Concibe en una gloria de luz y de armonía
 La Helena eterna y pura que encarna el ideal.

EPITALAMIO BÁRBARO

El alba aun no aparece en su gloria de oro.
 Canta el mar con la música de sus ninfas en coro
 Y el aliento del campo se va cuajando en bruma.
 Teje la náyade el encaje de su espuma
 Y el bosque inicia el himno de sus flautas de pluma.

Es el momento en que el salvaje caballero
 Se ve pasar. La tribu aulla y el ligero
 Caballo es un relámpago, veloz como una idea.
 A su paso, asustada, se para la marea;
 La náyade interrumpe la labor que ejecuta
 Y el director del bosque detiene la batuta.

—«¿Qué pasa?» desde el lecho pregunta Venus
 (bella,

Y Apolo:

—«Es Sagitario que ha robado una estrella».

SINFONÍA EN GRIS MAYOR

El mar como un vasto cristal azogado
 Refleja la lámina de un cielo de zinc;

Lejanas bandadas de pájaros manchan
El fondo bruñido de pálido gris.

El sol como un vidrio redondo y opaco
Con paso de enfermo camina al cenit;
El viento marino descansa en la sombra
Teniendo de almohada su negro clarín.

Las ondas que mueven su vientre de plomo
Debajo del muelle parecen gemir.
Sentado en un cable, fumando su pipa,
Está un marinero pensando en las playas
De un vago, lejano, brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tostaron su cara
Los rayos de fuego del sol del Brasil;
Los recios tifones del mar de la China
Le han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma impregnada de yodo y salitre
Ha tiempo conoce su roja nariz,
Sus crespos cabellos, sus biceps de atleta,
Su gorra de lona, su blusa de dril.

En medio del humo que forma el tabaco
Ve el viejo el lejano, brumoso país,
A donde una tarde caliente y dorada
Tendidas las velas partió el bergantín.....

La siesta del trópico. El lobo se aduerme.
Ya todo lo envuelve la gama del gris.
Parece que un suave y enorme esfumino
Del curvo horizonte borraría el confín.

La siesta del trópico. La vieja cigarra
Ensaya su ronca guitarra senil,
Y el grillo preludia su solo monótono
En la única cuerda que está en su violín.

SONATINA

La princesa está triste.... ¿qué tendrá la prin-
(cesa)?

Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
Que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
Está mudo el teclado de su clave sonoro;
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.
El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
Y, vestido de rojo piruetea el bujón.
La princesa no ríe, la princesa no siente:
La princesa persigue por el cielo de Oriente
La libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de
(China,

O en el que ha detenido su carroza argentina
Para ver de sus ojos la dulzura de luz?
O en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,
O en el que es soberano de los claros diamantes,
O en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! la pobre princesa de la boca de rosa,
Quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
Tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
Ir al sol por la escala luminosa de un rayo.
Saludar a los lirios con los versos de Mayo,
O perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,
Ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
Ni los cisnes unánimes en el lago de azul.

Y están tristes las flores por la flor de la corte;
Las jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
De Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
En la jaula de mármol del palacio real;
El palacio soberbio que vigilan los guardas,
Que custodian cien negros con sus cien alabardas,
Un lebrél que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quien volara a la tierra donde un príncipe existe
(La princesa está pálida. La princesa está triste)
Más brillante que el alba, más hermoso que Abril!

Calla, calla, princesa,—dice el hada madrina—
En caballo con alas hacia acá se encamina,
En el cinto la espada y en la mano el azor,
El feliz caballero que te adora sin verte,
Y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
A encenderte los labios con un beso de amor!

SALUTACION DEL OPTIMISTA

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
Espíritus fraternos, luminosas almas, salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos
(himnos
Lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos;
(mágicas
Ondas de vida van renaciendo de pronto;
Retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;
Se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña

Y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron,
Encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
Cual pudiera decirla en su verso Virgilio divino,
La divina reina de luz, la celeste Esperanza!
Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
O a perpetuo presidio, condenasteis al noble entusiasmo,
Ya veréis el salir del sol en un triunfo de lirás,
Mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
Del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
Digan al orbe: la alta virtud resucita
Que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.
Abominad la boca que predice desgracias eternas,
Abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,
Abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,
O que la tea empuñan o la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
La inminencia de algo fatal hoy conmueve la Tierra;
Fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
Y algo se inicia como vasto social cataclismo
Sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormi-
(das

No despierten entonces en el tronco del oble gigante
Bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue
(músculos

Y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo
Ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro,
La nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
Que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
Ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
Tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.
Unáanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
Formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, inclitas razas,

Muestren los dones pretéritos que fueron antaño su
(triumfo

Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
Que regará lenguas de fuego en esa epifanía.

Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
Y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
Así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
De los egregios padres que abrieron el surco pristino,
Sientan los golpes agrarios de primaverales retornos
Y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.
Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
En espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
Ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos
(himnos.

La latina stirpe verá la gran alba futura,
En un trueno de música gloriosa, millones de labios
Saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva
La eternidad de Dios, la actividad infinita.
Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros,
Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

RESPONSO A VERLAINE

Padre y maestro mágico, liróforo celeste
Que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
Diste tu acento encantador;

Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste
Hacia el propfleo sacro que amaba tu alma triste,
Al són del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
Que se humedezca el áspero hocico de la fiera,
De amor si pasa por allí;

Que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;
Que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne
Y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,
Ahuyenten la negrura del pájaro protervo,
El dulce canto del cristal;

Que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,
O la armonía dulce de risas y de besos,
De culto oculto y florestal.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto,
Que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
Sino rocío, vino, miel;

Que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,
Y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
Bajo un simbólico laurel!

Que si un pastor su pífano bajo el frescor del haya,
En amorosos días, como en Virgilio, ensaya,
Tu nombre ponga en la canción;

Y que la virgen náyade, cuando ese nombre escuche,
Con ansias y temores entre las linfas luce,
Llena de miedo y de pasión.

De noche, en la montaña, en la negra montaña
De las Visiones, pase gigante sombra extraña,
Sombra de un Sátiro espectral;

Que ella al centauro adusto con su grandeza asuste;
De una extra-humana flauta la melodía ajuste
A la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;
Tu rostro de ultratumba bañe la luna casta
De compasiva y blanca luz;

Y el sátiro contemple sobre un lejano monte,
Una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
Y un resplandor sobre la cruz!

YO SOY AQUEL QUE AYER
NO MAS DECIA

Yo soy aquél que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana,
En cuya noche un ruiseñor había
Que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,
Lleno de rosas y de cisnes vagos;
El dueño de las tórtolas, el dueño
De góndolas y lirás en los lagos;

Y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
Y muy moderno; audaz, cosmopolita;
Con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
Y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia,
Mi juventud . . . ¿fue juventud la mía?
Sus rosas aun me dejan su fragancia—
Una fragancia de melancolía . . .

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
Mi juventud montó potro sin freno;
Iba embriagada y con puñal al cinto;
Si no cayó, fué porque Dios es bueno.

En mi jardín se vió una estatua bella;
Se juzgó mármol y era carne viva;
Una alma joven habitaba en ella,
Sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
Que encerrada en silencio no salía,

Sino cuando en la dulce primavera
Era la hora de la melodía . . .

Hora de ocaso y de discreto beso;
Hora crepuscular y de retiro;
Hora de madrigal y de embeleso,
De «te adoro», de «ay!» y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
De misteriosas gamas cristalinas,
Un renovar de notas del Pan griego
Y un desgranar de músicas latinas,

Con aire tal y con ardor tan vivo,
Que a la estatua nacían de repente
En el muslo viril patas de chivo
Y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la galatea gongorina
Me encantó la marquesa verleniana,
Y así juntaba a la pasión divina
Una sensual hiperestesia humana;

Todo ansia, todo ardor, sensación para
Y vigor natural; y sin falsía,
Y sin comedia y sin literatura . . . :
Si hay un alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
Quise encerrarme dentro de mí mismo,
Y tuve hambre de espacio y sed de cielo
Desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura
En el jugo del mar, fué el dulce y tierno
Corazón mío, henchido de amargura
Por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
El Bien supo elejir la mejor parte:

Y si hubo áspera hiel en mi existencia,
Melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
Bañó el agua castalia el alma mía,
Peregrinó mi corazón y traje
De la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
Emanación del corazón divino
De la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
Fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,
Allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
Mientras abajo el sátiro fornica,
Ebria de azul deslíe Filomela.

Perla de ensueño y música amorosa
En la cúpula en flor del laurel verde,
Hipsipila sutil liba en la rosa,
Y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra,
Y la caña de Pan se alza del lodo;
La eterna Vida sus semillas siembra,
Y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
Temblando de deseo y fiebre santa,
Sobre cardo heridor y espina aguda:
Así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama
Produce la interior llama infinita;
El Arte puro, como Cristo exclama:
Ego sum lux et veritas et vita!

Y la vida es misterio; la luz ciega
Y la verdad inaccesible asombra;

La adusta perfección jamás se entrega,
Y el secreto Ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente.
De desnuda que está, brilla la estrella;
El agua dice el alma de la fuente
En la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fué mi intento, hacer del alma pura
Mía, una estrella, una fuente sonosa,
Con el horror de la literatura
Y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
Que los celestes éxtasis inspira,
Bruma y tono menor—itoda la flauta!,
Y Aurora, hija del Sol—itoda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;
Pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
Y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte,
Con el fuego interior todo se abrasa;
Se triunfa del rencor y de la muerte,
Y hacia Belén.... la caravana pasa!

LOS TRES REYES MAGOS

—Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso.
Vengo a decir: La vida es pura y bella.
Existe Dios. El amor es inmenso.
Todo lo sé por la divina Estrella!

—Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo
Existe Dios. El es la luz del día.

La blanca flor tiene sus pies en lodo
Y en el placer hay la melancolía!

—Soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro
Que existe Dios. El es el grande y fuerte.
Todo lo sé por el lucero puro
Que brilla en la diadema de la Muerte.

—Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos.
Triunfa el amor y a su fiesta os convida.
Cristo resurge, hace la luz del caos
Y tiene la corona de la Vida!

DE OTOÑO

Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no can-
(ta ahora

Con aquella locura armoniosa de antaño?
Esos no ven la obra profunda de la hora,
La labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje, al amor de la brisa,
Cuando empecé a crecer, un vago y dulce son.
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:
Dejad al huracán mover mi corazón!

MELANCOLÍA

Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía.
Soy comoun ciego. Voy sin rumbo y ando a tientas.
Voy bajo tempestades y tormentas
Ciego de ensueño y loco de armonía.

Ese es mi mal. Soñar. La poesía
Es la camisa férrea de mil puntas cruentas

Que llevo sobre el alma. Las espinas sangrientas
Dejan caer las gotas de mi melancolía.

Y así voy, ciego y loco, por este mundo amargo;
A veces me parece que el camino es muy largo,
Y a veces que es muy corto.....

Y en este titubeo de aliento y agonía,
Cargo lleno de penas lo que apenas soporto.
¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?

CANCION DE OTONO EN PRIMAVERA

Juventud, divino tesoro,
Ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar no lloro....
Y a veces lloro sin querer....

Plural ha sido la celeste
Historia de mi corazón.
Era una dulce niña, en este
Mundo de duelo y aficción.

Miraba como el alba pura;
Sonreía como una flor.
Era su cabellera oscura
Hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.
Ella, naturalmente, fué,
Para mi amor hecho de armifio,
Herodías y Salomé....

Juventud, divino tesoro,
Ya te vas para no volver....

Cuando quiero llorar, no lloro,
Y a veces lloro sin querer....

La otra fué más sensitiva,
Y más consoladora y más
Halagadora y expresiva,
Cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura
Una pasión violenta unía.
En un peplo de gasa pura
Una bacante se envolvía....

En sus brazos tomó mi ensueño
Y lo arrulló como un bebé....
Y le mató, triste y pequeño,
Falto de luz, falto de fe....

Juventud, divino tesoro,
te fuiste para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro,
Y a veces lloro sin querer....

Otra juzgó que era mi boca
El estuche de su pasión;
Y que me roería, loca,
Con sus dientes el corazón.

Poniendo en un amor de exceso
La mira de su voluntad,
Mientras eran abrazo y beso
Síntesis de la eternidad;

Y de nuestra carne ligera
Imaginar siempre un Edén,
Sin pensar que la Primavera
Y la carne acaban también....

Juventud, divino tesoro,
Ya te vas para no volver!

Cuando quiero llorar, no lloro,
Y a veces lloro sin querer!

Y las demás! en tantos climas,
En tantas tierras, siempre son,
Si no pretextos de mis rimas,
Fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa
Que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco,
Mi sed de amor no tiene fin;
Con el cabello gris, me acerco
A los rosales del jardín....

Juventud, divino tesoro,
Ya te vas para no volver....
Cuando quiero llorar, no lloro,
Y a veces lloro sin querer....

Mas es mía el Alba de oro!

LA DULZURA DEL ANGELUS....

La dulzura del angelus matinal y divino
Que diluyen ingenuas campanas provinciales,
En un aire inocente a fuerza de rosales,
De plegaria, de ensueño de virgen y de trino

De ruiseñor, opuesto todo al rudo destino
Que no crea en Dios... El áureo ovilleo vespertino
Que la tarde devana tras opacos cristales,
Por tejer la inconsútil tela de nuestros males

Todos hechos de carne y aromados de vino...

Y esta atroz amargura de no gustar de nada,
De no saber adonde dirigir nuestra prora

Mientras el pobre esquife en la noche cerrada,
Va en las hostiles olas huérfano de la aurora....
(Oh, suaves campanas entre la madrugada!)

MARCHA TRIUNFAL

Ya viene el cortejo!

Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.

La espada se anuncia con vivo reflejo;

Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Miner-
(vas y Martes

Los arcos triunfales en donde las famas erigen sus lar-
(gas trompetas,

La gloria solemne de los estandartes

Llevados por manos robustas de heroicos atletas.

Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros.

Los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,

Los cascos que hieren la tierra,

Y los timbaleros

Que el paso acompañan con ritmos marciales.

Tal pasan los fieros guerreros

Debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,

Su canto sonoro,

Su cálido coro,

Que envuelve en un trueno de oro

La Augusta soberbia de los pabellones.

El dice la lucha, la herida venganza,

Las ásperas crines,

Los rudos penachos, la pica, la lanza,

La sangre que riega de heroicos carmines
La tierra;

Los negros mastines

Que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos

Anuncian el advenimiento

Triunfal de la Gloria;

Dejando el picacho que guarda sus nidos,

Tendiendo sus alas enormes al viento,

Los condores llegan. Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.

Señala el abuelo los héroes al niño:—

Ved cómo la barba del viejo

Los bucles de oro circundan de armiño.—

Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,

Y bajo los pórticos véñese sus rostros de rosa;

Y la más hermosa

Sonríe el más fiero de los vencedores.

¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;

Honor al herido y honor a los fieles

Soldados que muerte encontraron por mano extranjera:

Clarines! Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,

Desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lau-

(ros:—

Las viejas espadas de los granaderos más fuertes que

(osos,

Hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.—

Las tropas guerreras resuenan;

De voces los aires se llenan....

—A aquellas antiguas espadas,

A aquellos ilustres aceros,

Que encarnan las glorias pasadas;—

Y al sol que hoy alumbrá las nuevas victorias ganadas,

Y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;

Al que ama la insignia del suelo materno,
Al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la
(mano.

Los soles del rojo verano,
Las nieves y vientos del gélido invierno,
La noche, la escarcha
Y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
Saludan con voces de bronce las trompas de guerra que
(tocan la marcha
Triunfal!...

"CHARITAS"

A Vicente de Paul, nuestro Rey Cristo
Con dulce lengua dice:
—Hijo mío, tus labios
Dignos son de imprimirse
En la herida que el ciego
En mi costado abrió. Tu amor sublime
Tiene sublime premio: asciende y goza
Del alto galardón que conseguiste.
El alma de Vicente llega al coro
De los alados ángeles que al triste
mortal custodian: eran más brillantes
Que los celestes astros. Cristo: Sigue,—
Dijo al amado espíritu del Santo.—

Ve entonces la región en donde existen
Los augustos Arcángeles, zodíaco
De diamantina nieve, indestructibles
Ejércitos de luz y mensajeras
Castas palomas o águilas insignes.

Luego la majestad esplendorosa
Del coro de los Príncipes,

Que las divinas órdenes realizan
Y en el humano espíritu presiden;
El coro de las altas Potestades
que al torrente infernal levantan diques;
El coro de las místicas Virtudes,
Las huellas de los mártires
y las intactas manos de las vírgenes;
El coro prestigioso
De las Dominaciones que dirigen
Nuestras almas al bien, y el coro excelso
De los tronos insignes,
Que del Eterno el solio,
Cariátides de luz indefinible,
Sostienen por los siglos de los siglos;
Y el coro de Querubes que compite
Con la antorcha del sol.

Por fin, la gloria
De teológico fuego en que se erigen
Los llamas vivas de inmortal esencia.

Cristo al Santo bendice
Y así penetra el Serafín de Francia
Al coro de los ígneos Serafines.

A ROOSEVELT

Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,
Que habría que llegar hasta tí, Cazador!
Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
Con un algo de Washington y cuatro de Nemrod!
Eres los Estados Unidos,
Eres el futuro invasor

De la América ingenua que tiene sangre indígena
Que aun reza a Jesucristo y aun habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
Eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.
Y domando caballos, o asesinando tigres,
Eres un Alejandro-Nabucodonosor.

(Eres un Profesor de Energía,
Como dicen los locos de hoy).
Crees que la vida es incendio,
Que el progreso es erupción;
Que en donde pones la bala
El porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondotemblo
Que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis se oye como el rugir del león.
Ya Hugo a Grant lo dijo: Las estrellas son vuestras
(Apenas brilla, alzándose el argentino sol
Y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;
Y alumbrando el camino de la fácil conquista,
La Libertad levanta su antorcha en Nueva-York.
Mas la América nuestra, que tenía poetas
Desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
Que ha guardado las huellas de los pies del gran
(Baco,

Que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
Que consultó los astros, que conoció la Atlántida
Cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
Que desde los remotos momentos de su vida
Vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
La América del grande Moctezuma, del Inca,
La América fragante de Cristóbal Colón,
La América católica, la América española,

La América en que dijo el noble Cuauhtemoc:
«Yo no estoy en un lecho de rosas», esa América
Que tiembla de huracanes y que vive de Amor;
Hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.
Tened cuidado. Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
El riflero terrible y el fuerte Cazador,
Para poder tenernos en vuestras férreas garras.
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: Dios!

SPES

Jesús, incomparable perdonador de injurias,
Oyeme; Sembrador de trigo, dame el tierno
Pan de tus hostias; dame, contra el sañudo in-
(fierno
Una gracia lustral de iras y lujurias.

Dime que este espantoso horror de la agonía
Que me obsede, es no más de mi culpa nefanda,
Que al morir hallaré la luz de un nuevo día
Y que entonces oiré mi «Levántate y anda!»

NOCTURNO

Los que auscultásteis el corazón de la noche,
Lós que por el insomnio tenaz habéis oído
El cerrar de una puerta, el resonar de un coche
Lejano, un eco vago, un ligero ruido....

En los instantes del silencio misterioso,

Cuando surgen de su prisión los olvidados,
 En la hora de los muertos, en la hora del reposo,
 Sabréis leer estos versos de amargor impregna-
 (dos....!

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
 De lejanos recuerdos y desgracias funestas,
 Y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores
 Y el duelo de mi corazón triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
 La pérdida del reino que estaba para mí,
 El pensar que un instante pude no haber nacido,
 Y el sueño que es mi vida desde que yo nací!

Todo esto viene en medio del silencio profundo
 En que la noche envuelve la terrena ilusión,
 Y siento como un eco del corazón del mundo
 Que penetra y conmueve mi propio corazón.

LO FATAL

Dichose el árbol que es apenas sensitivo,
 Y más la piedra dura porque esa ya no siente,
 Pues no hay dolor más grande que el dolor de ser
 (vivo

Ni mayor pesadumbre que la vida consciente.
 Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
 Y el temor de haber sido y un futuro terror....
 Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
 Y sufrir por la vida y por la sombra y por

Lo que no conocemos y apenas sospechamos,
 Y la carne que tienta con sus frescos racimos,
 Y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
 Y no saber adónde vamos,
 Ni de dónde venimos....!

MOMOTOMBO.

O vieux momotombo, colosse chauve et num....

V. H.

El tren iba rodando sobre sus rieles. Era
 En los días de mi dorada primavera
 Y era en mi Nicaragua natal.
 De pronto, entre las copas de los árboles, ví
 Un cono gigantesco, «calvo y desnudo», y
 Lleno de antiguo orgullo triunfal.

Ya había yo leído a Hugo y la leyenda
 Que Squire le enseñó. Como una vasta tienda
 Ví aquel coloso negro ante el sol,
 Maravilloso de majestad. Padre viejo
 Que se duplica en el armonioso espejo
 De un agua perla, esmeralda, col.

Agua de un varío verde y de un gris tan cambiante,
 Que discernir no deja su ópalo y su diamante,
 A la vasta llama tropical.
 Momotombo se alzaba lírico y soberano,
 Yo tenía quince años: una estrella en la mano!
 Y era en mi Nicaragua natal.

Ya estaba yo nutrido de Oviedo y de Gomara,
 Y mi alma florida soñaba historia rara,
 Fábula, cuento, romance, amor
 De conquistas, victorias de caballeros bravos,
 Incas y sacerdotes, prisioneros y esclavos,
 Plumaz y oro, audacia, esplendor.

Y llegué y ví en las nubes la prestigiosa testa
De aquel cono de siglos, de aquel volcán de gesta,
Que era ante mí de revelación.
Señor de las alturas, emperador del agua,
A sus pies el divino lago de Managua,
Con islas todas luz y canción.

Momotombo!—exclamé—oh nombre de epopeya!
Con razón Hugo el grande en tu onomatopeya
Ritmo escuchó que es de eternidad.
Dijérase que fueses para las sombras dique,
Desde que oyera el blanco la lengua del cacique
En sus discursos de libertad.

Padre de fuego y piedra, yo te pedí ese día
Tu secreto de llamas, tu arcano de armonía,
La iniciación que podías dar.
Por tí pensé en lo inmenso de Osas y Peliones,
En que arriba hay titanes en las constelaciones
Y abajo dentro la tierra y el mar.
Oh Momotombo ronco y sonoro! Te amo
Porque a tu evocación vienen a mí otra vez
Obedeciendo a un íntimo reclamo
Perfumes de mi infancia, brisas de mi niñez.

Los estandartes de la tarde y de la aurora!
Nunca los ví más bellos que alzados sobre tí,
Toda zañir la cúpula sonora
Sobre los triunfos de oro, de esmeralda y rubí.

Cuando las babilonias del Poniente
En purpúreas catástrofes hacia la inmensidad
Rodaban tras la augusta soberbia de tu frente,
Eras tú como el símbolo de la Serenidad.

En tu incesante homalla ví la perpetua guerra,
En tu roca unidades que nunca acabarán.
Sentí en tus terremotos la brama de la tierra
Y la inmortalidad de Pan.

Con un alma volcánica entré en la dura vida,
Aquilón y huracán sufrió mi corazón
Y de mi mente mueven la cimera encendida
Huracán y Aquilón!

Tu voz escuchó un día Cristóforo Colombo;
Hugo cantó tu gesta legendaria. Los dos
Fueron, como tú, enormes, Momotombo,
Montañas habitadas por el fuego de Dios.

Hacia el misterio caen poetas y montañas;
Y romperase el cielo de cristal
Cuando luchen sonando de Pan las siete cañas
Y la trompeta del Juicio final!

ISRAEL.

¡Israel! ¡Israel! ¿Cuándo de tu divina
Faz en la sangre pura resbalará el diamante?
¿Cuándo el viento del río hará que el arpa cante
Entre el concurso eterno de la brisa argentina?

¿Cuándo será la cabellera que se inclina
Agitada por un viento perseverante?
¿Cuándo el brazo de luz dará al Judío Errante
El vaso en que se abreve del agua cristalina?

¡Israel! ¡Israel! Eso será en la hora
En que cante a los cielos la alondra pecadora
Y en el profundo abismo se conmueva el grande ojo.

Y cuando levantados el santo y el aristo,
Ponga su blanca mano nuestro príncipe Cristo,
Ponga su blanca mano sobre el infierno rojo.

SALUTACION AL AGUILA.

...*May this grand Union have no end!*

FONTOURA XAVIER.

Bien vengas, mágica Aguila de alas enormes y fuertes
A extender sobre el Sur tu gran sombra continental,
A traer en tus garras, anilladas de rojos brillantes,
Una palma de gloria, del color de la inmensa esperanza,
Y en en pico la oliva de una vasta y fecunda paz.

Bien vengas, oh mágica Aguila, que amara tanto Walt
(Whitman,

Quien te hubiera cantado en esta olímpica jira,
Aguila que has llevado tu noble y magnifico símbolo
Desde el trono de Júpiter, hasta el gran continente del
(Norte.

Ciertamente, has estado en las rudas conquistas del
(orbe.

Ciertamente, has tenido que llevar los antiguos rayos.
Si tus alas abiertas la visión de la paz perpetúan,
En tu pico y tus uñas está la necesaria guerra.

¡Precisión de la fuerza! ¡Magestad adquirida del
(trueno!

Necesidad de abrirle el gran vientre fecundo a la tierra
para que en ella brote la concreción de oro de la espiga,
Y tenga el hombre el pan con que mueve su sangre.

No es humana la paz con que sueñan ilusos profetas.
La actividad eterna hace precisa la lucha;
Y desde tu etérea altura, tú contemplas divina Aguila,
La agitación convatiba de nuestro globo vibrante.

Es incidencia la Historia. Nuestro destino supremo
Está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas.
Y Palenke y la Atlántida no son más que momentos so-
(berbios.

Con que puntúa Dios los versos de su Augusto Poema.

Muy bien llegada seas a la tierra pujante y ubérrima,
Sobre la cual la Cruz del Sur está, que miró Dante,
Cuando siendo Mesías, impulsó en su intuición sus ba-
(jeles,

Que antes que los del sumo Cristóbal supieron nuestro
(cielo.

E pluribus unum! ¡Gloria, victoria, trabajo!
Tráenos los secretos de las labores del Norte,
Y que los hijos nuestros dejen de ser los rectores latinos,
Y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el
(carácter.

Dinos, Aguila ilustre, la manera de hacer multitudes
Que hagan Romas y Grecias con el jugo del mundo pre-
(sente,

Y que, potentes y sobrias, extiendan su luz y su imperio
Y que, teniendo el Aguila y el Bisonte y el Hierro y el
(Oro,

Tengan un áureo día para darle las gracias a Dios!

Aguila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las gran-
(des alturas

Los Andes le conocen y saben que, cual tú mira al Sol.
May this grand Union have no end! dice el poeta.

Puedan ambos juntarse, en plenitud, concordia y es-
(fuerzo.

Aguila, que conoces desde Jove hasta Zarathustra
Y que tienes en los Estados Unidos tu asiento,
Que sea tu venida fecunda para estas naciones
Que el pabellón admiran constelado de bandas y estre-
(llas.

¡Aguila que estuviste en las horas sublimes de Pathmos,
Aguila prodigiosa, que te nutres de luz y de azul,
Como una Cruz viviente, vuela sobre estas naciones,
Y comunica al globo la victoria feliz del futuro!

Por algo eres la antigua mensajera jupiterina,
Por algo has presenciado cataclismos y luchas de razas,
Por algo estás presente en los sueños del Apocalipsis,
Por algo eres el ave que han buscado los fuertes impe-
(rios.

¡Salud Aguila! Extensa virtud a tus inmensos revuelos,
Reina de los azules, ¡salud! ¡gloria! ¡victoria y encanto!
Que la Latina América reciba tu mágica influencia
Y que renazca un nuevo Olimpo, lleno de Dioses y hé-
(roes!

·Adelante, siempre adelante! ¡Excelsior! ¡Vida! ¡Lum-
(bre!

Que se cumpla lo prometido en los destinos terrenos,
Y que vuestra obra inmensa las aprobaciones recoja
Del mirar de los astros, y de lo que Hay más Allá!

DESDE LA PAMPA

Yo os saludo desde el fondo de la Pampa! Yo
(os saludo

Bajo el gran sol argentino
Que como un glorioso escudo
Cincelado en oro fino
Sobre el palio azul del viento,
Se destaca en el divino
Firmamento!

Os saludo desde el campo lleno de hojas y de
(luces
Cuya verde mararilla cruzan potros y avestruces
O la enorme vaca roja,
O el rebaño gris, que a un tiempo luz y hoja
Busca y muerde,
En el mágico ondular
Que simula el fresco y verde
Trebolar.

En la pampa solitaria
Todo es himno o es plegaria;
Escuchad
Cómo cielo y tierra se unen en un cántico infinito;
Todo vibra en este grito:
Libertad!

Junto al médano que finge
Ya un enorme lomo equino, ya la testa de una
Bajo un aire de cristal, (esfinge,
Pasa el gaucho, muje el toro,
Y entre fina flor de oro
Y entre el cardo episcopal,
La calandria lanza el trino
De tristezas o de amor;
La calandria misteriosa, ese triste y campesino
Ruisseñor.

Yo os saludo en el ensueño
De pasadas epopeyas gloriosas;
El caballo zahareño
Del vencedor; la bandera,
Los fusiles con sus truenos y la sangre con sus
La aguerrida hueste fiera, (rosas;
La aguerrida hueste fiera que va a toque de clarín
El que guía, el Héroe, el Hombre.
Y en los labios de los bravos, este nombre:
San Martín!

De la pampa en las augustas
Soledades,
Al clamor de las robustas
Cien bocinas del pampero, yo saludo a las ciuda-
De la mar, (des
Con sus costas erizadas de navíos,
Con sus ríos
Donde mil urnas colmadas su riqueza han de vol-
(car.

Argentinos! Dios os guarde!
Ven mis ojos como riega
Perla y rosa de la tarde
El crepúsculo que llega,
Mientras la pampa ilumina
Rojo y puro, como el oro del crisol,
El diamante que prefiera la República Argentina:
Vuestro sol!

REVELACION

En el acantilado de una roca
Que se alza sobre el mar, yo lancé un grito
Que de viento y de sal llenó mi boca:

A la visión azul de lo infinito,
Al poniente magnífico y sangriento,
Al rojo sol todo milagro y mito.

Y sentí que sorvía en sal y viento
Como una comunión de comuniones
Que en mí hería sentido y pensamiento.

Vidas de palpitantes corazones,
Luz que ciencia concreta en sus entrañas,
Y prodigios de las constelaciones.

Y oí la voz del dios de las montañas
Que anunciaba su vuelta en el concierto
Maravilloso de sus siete cañas.

Y clamé y dijo mi palabra: «¡Es cierto,
El gran dios de la fuerza y de la vida,
Pan, el gran Pan de lo inmortal, no ha muerto!>

Volví la vista a la montaña erguida
Como buscando la bicorne frente
Que pone sol en l'alma del panida.

Y ví la singular doble serpiente
Que enroscada al celeste caduceo
Pasó sobre las olas de repente

Llevada por Mercurio. Y mi deseo
Tornó a Thalasa maternal la vista,
Pues todo hallo en la mar cuando la veo.

Y ví azul y topacio y amatista,
Oro, perla y argento y violeta,
Y de la hija de Electra la conquista.

Y escuché el ronco ruido de trompeta
Que del tritón el caracol derrama,
Y a la sirena, amada del poeta.

Y con la voz de quien aspira y ama,
Clamé: «¿Donde está el dios que hace del lodo
Con el hendido pie brotar el trigo

Que a la tribu ideal salva en su exodo?»
Y oí dentro de mí: «Yo estoy contigo,
Y estoy en tí y por tí: yo soy el Todo».

VISION

Tras de la misteriosa selva extraña
Ví que se levantaba al firmamento
Horadada y labrada una montaña

Que tenía en la sombra su cimiento:
Y en aquella montaña estaba el nido
Del trueno, del relámpago y del viento.

Y tras sus arcos negros el rugido
Se oía del león. Y cual obscura
Catedral de algún dios desconocido,

Aquella fabulosa arquitectura
Formada de prodigios y visiones,
Visión monumental, me dió pavora.

A sus pies habitaban los leones;
Y las torres y flechas de oro fino
Se juntaban con las constelaciones.

Y había un vasto domo diamantino
Donde se alzaba un trono extraordinario
Sobre sereno fondo azul marino.

Hierro y piedra primero y mármol pario
Luego, y arriba mágicos metales.
Una escala subía hasta el santuario

De la divina sede. Los astrales
Esplendores las gradas repartidas
De tres en tres bañaban. Colosales

Aguilas con las alas extendidas
Se contemplaban en el centro de una
Atmósfera de luces y de vidas.

Y en una palidez de oro de luna
Una paloma blanca se cernía,
Alada perla en mística laguna.

La montaña labrada parecía
Por un majestuoso Piraneso
Babélico. En sus flancos se diría

Que hubiese cincelado el bloque espeso
El rayo; y en lo alto enorme friso
De la luz recibía un áureo beso,

Beso de luz de aurora y paraíso.
Y yo grité en la sombra: —¿En qué lugares
Vaga hoy el alma mía?— De improviso

Surgió ante mí, ceñida de azahares
Y de rosas blanquísimas, Estela,
La que suele surgir en mis cantares.

Y díjome con voz de Filomela:
—No temas: es el reino de la Lira
De Dante; y la paloma que revuela

En la luz es Beatrice. Aquí conspira
Todo al supremo amor y alto deseo.
Aquí llega el que adora y el que admira—

—¿Y aquel trono, le dije, que allá veo?—
—Ese es el trono en que su gloria asienta
Ceñido el lauro el gibelino Orfeo.

Y abajo es donde duerme la tormenta.

Y el lobo y el león entre lo obscuro
Encienden su pupila, cual violenta

Brasa. Y el basto y misterioso muro
Es piedra y hierro; luego las arcadas
Del medio son de mármol; de oro puro

La parte superior, donde en gloriosas
Albas eternas se abre al infinito
La sacrosanta Rosa de las rosas.—

—Oh, bendito el Señor! —clamé— bendito,
Que permitió al arcángel de Florencia
Dejar tal mundo de misterio escrito

Con lengua humana y sobrehumana ciencia,
Y crear este extraño imperio eterno
Y ese trono radiante en su eminencia,

Ante el cual abismado me prosterno.
Y feliz quien al Cielo se levanta
Por las gradas de hierro de su Infierno!

Y ella:—Que este prodigio diga y cante
Tu voz.—Y yo:—Por el amor humano
He llegado al divino. Gloria al Dante!

Ella, en acto de gracia, con la mano
Me mostró de las águilas los vuelos,
Y ascendió como lirio, soberana

Hacia Beatriz, paloma de los cielos.
Y en el azul dejaba blancas huellas
Que eran a mí delicias y consuelos.
Y ví que me miraban las estrellas!

LA CANCIÓN DE LOS PINOS

Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,
Yo os amo. Sois dulces, sois buenos, sois graves.
Diríase un árbol que piensa y que siente,
Mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestras frentes la alada sandalia;
Habéis sido mástil, proscenio, curul,
Oh pinos solares, oh pinos de Italia,
Bañados de gracia, de gloria, de azul.

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,
En medio de brumas glaciales y en
Montañas de ensueños, oh pinos nocturnos,
Oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,
Tendiendo a la dulce caricia del mar,
Oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,
Oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos,
La Isla dorada me ha dado un rincón
De soñar mis sueños, encontré los pinos,
Los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos.
Por su aroma, aroma de una inmensa flor,
Por su aire de monjes, sus largos cabellos,
Sus sabias, ruidos y nidos de amor.

Oh pinos antiguos que agitara el viento
De las epopeyas, amados del sol!
Oh líricos pinos del Renacimiento,
Y de los jardines del suelo español!

Los brazos eolios se mueven al paso
Del aire violento que forma al pasar
Ruidos de pluma, ruidos de raso,
Ruidos de agua y espumas de mar.

Oh noche en que traje tu mano, Destino,
Aquella amargura que aún hoy es dolor!
La luna argentaba lo negro de un pino,
Y fuí consolado por un ruiseñor.

Románticos somos...¿Quién que Es, no es ro-
(mántico?)

Aquél que no sienta ni amor ni dolor,
Aquél que no sepa de beso y de cántico,
Que se ahorque de un pino: será lo mejor . . . !

Yo, no. Yo persisto. Pretéritas normas
Confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.
Yo soy el amante de ensueños y formas
Que viene de lejos y va al porvenir!

VESPER

Quietud, quietud . . . Ya la ciudad de oro
Ha entrado en el misterio de la tarde.
La catedral es un gran relicario.
La bahía unifica sus cristales
En un azul de arcaicas mayúsculas

De los antifonarios y misales.
Las barcas pescadaras estilizan
El blancor de sus velas triangulares
Y como un eco que dijera «Ulises»,
Junta alientos de flores y de sales.

A UNA NOVIA

Alma blanca, más blanca que el lirio;
Frente blanca, más blanca que el cirio
Que ilumina el altar del Señor:
Ya serás por hermosa encendida,
Ya serás sonrosada y herida,
Por el rayo de luz del amor.
Labios rojos de sangre divina,
Labios donde la risa argentina
Junta el albo marfil al clavel,
Ya veréis como el beso os provoca,
Cuando Cipris envíe a esa boca
Sus abejas sedientas de miel.

Manos blancas, cual rosas benditas
Que sabéis deshojar margaritas
Junto al fresco rosal del Pensil,
Ya daréis la canción del amado
Cuando hiráis el sonoro teclado
Del triunfal clavicordio de Abril!

Ojos bellos de ojeras cercados,
Ya veréis los palacios dorados
De una vaga, ideal Estambul,
Cuando lleven las hadas a Oriente

A la Bella del Bosque Durmiente,
En el carro del Príncipe Azul!

Blanca flor! De tu cáliz risueño
La libélula errante del Sueño
Alza el vuelo veloz, blanca flor!
Primavera su palio levanta
Y hay un coro de alondras que canta
La canción matinal del amor.

SONETO

Para el Sr. D. Ramón del Valle-Inclán.

Este gran don Ramón, de las barbas de chivo,
Cuya sonrisa es la flor de su figura,
Parece un viejo dios, altanero y esquivo,
Que se animase en la frialdad de su escultura.

El cobre de sus ojos por instantes fulgura
Y da una llama roja tras un ramo de olivo.
Tengo la sensación de que siento y que vivo
A su lado una vida más intensa y más dura.

Este gran don Ramón del Valle-Inclán me in-
(quieta,
Y a través del zodíaco de mis versos actuales
Se me esfuma en radiosas visiones de poeta,

O se me rompe en un fracaso de cristales.
Yo le he visto arrancarse del pecho la saeta
Que le lanzan los siete pecados capitales.

INTERROGACIONES

—Abeja, qué sabes tú,
Toda de miel y oro antiguo?
Qué sabes, abeja helénica?
—Sé de Píndaro.

—León de hedionda melena,
Meditabundo león,
Sabes de Hércules acaso....?
—Sí. Y de Job.

—Víbora, mágica víbora,
Entre el zándalo y el loto
Has adorado a Cleopatra?
—Y a Retronio.....

—Rosa que en la cortesana
Fuiste sobre seda azul,
Amabas a Magdalena?....
—Y a Jesús....

—Tijera que destrozaste
De Sansón la cabellera,
¿Te atraía a tí Sansón?
—No. Su hembra....

—A quien amáis,—alba blanca,
Lino, espuma, flor de lis,
Estrellas puras, ¿a Abel?
—A Caín.

—Aguila que eres la Historia,
Dónde vas a hacer tu nido?
A los picos de la Gloria?....
—Sí. En los montes del olvido!

LA ROSA NINA

A Mademoiselle Margarita M. Guido

CRISTAL, ORO Y ROSA. ALBA
EN PALESTINA.

Salen los tres reyes de adorar al rey,
Flor de infancia llena de una luz divina
Que humaniza y dora la mula y el buey.

Baltasar medita, mirando la estrella
Que guía en la altura. Gaspar sueña en
La visión sagrada. Melchor ve en aquella
Visión, la llegada de un mágico bien.
Las cabalgaduras sacuden los cuellos
Cubiertos de sedas y metales. Frío
Matinal refresca belfos de camellos
Húmedos de gracia, de azur y rocío.

Las meditaciones de la barba sabia
Van acompasando los plumajes flavos,
Los ágiles trotes de potros de Arabia
Y las risas blancas de negros esclavos.

¿De dónde vinieron a la Epifanía?
¿De Persia? ¿De Egipto? ¿De la India? Es en vano
Cavilar. Vinieron de la Luz, del Día,
Del Amor. Inútil pensar, Tertuliano.

El fin anunciaban de un gran cautiverio
Y el advenimiento de un raro tesoro.
Traían un símbolo de triple misterio,
Portando el incienso, la mirra y el oro.

En las cercanías de Belén se para
El cortejo. ¿A causa? A causa de que
Una dulce niña de belleza rara
Surge ante los magos, toda ensueño y fe.

—¡Oh, Reyes! —les dice. — Yo soy una niña
Que oyó a los vecinos pastores cantar,
Y desde la próxima florida campiña
Miró vuestro regio cortejo pasar.

Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno,
Que el mundo está lleno de gozo por él,
Y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno,
Que hace al sol más sol, y a la miel más miel.

Aun no llega el día.... ¿Dónde está el establo?
Prestadme la estrella para ir a Belén.
No tengáis cuidado que la apague el diablo;
Con mis ojos puros la cuidaré bien.

Los magos quedaron silenciosos. Bella
De toda belleza, a Belén tornó
La estrella; y la niña, llevada por ella
Al establo, cuna de Jesús, entró.

Pero cuando estuvo junto a aquel infante,
En cuyas pupilas miró a Dios arder,
Se quedó pasmada, pálido el semblante,
Porque no tenía nada que ofrecer.

La Madre miraba su niño-lucero;
Las dos bestias buenas daban su calor;
Sonreía en Santo viejo carpintero;
Y la niña estaba temblando de amor.

Allí había oro en cajas reales,
Perfumes en frascos de hechura oriental,
Insensos en copas de finos metales,
Y quesos, y flores, y miel de panal.

Se puso rosada, rosada, rosada....
 Ante la mirada del niño Jesús.
 (Felizmente que era su madrina una hada
 De Anatole France o el doctor Mardrus.)

¡Qué dar a ese niño, qué dar sino ella!
 ¿Qué dar a ese tierno, divino Señor?
 Le hubiera ofrecido la mágica estrella,
 La de Baltasar, Gaspar y Melchor....

Mas a los influjos del hada amorosa,
 Que supo el secreto de aquel corazón,
 Sé fué convirtiendo poco a poco en rosa,
 En rosa más bella que las de Sarón.

La metamorfosis fué santa aquel día.
 (La sombra lejana de ovidio aplaudía),
 Pues la dulce niña ofreció al Señor,
 Que le agradecía y le sonreía,
 En la melodía de la Epifanía,
 Su cuerpo hecho pétalos y su alma hecha olor.

ANTES DE TODO, ¡GLORIA

A TI, LEDA!

Antes de todo, ¡gloria a tí, Leda!
 Tu dulce vientre cubrió de seda
 El Dios. ¡Miel y oro sobre la brisa!
 Sonaban alternativamente
 Flauta y cristales, Pan y la fuente.
 ¡Tierra era canto, Cielo sonrisa!

Ante el celeste, supremo acto,
 Dioses y bestias hicieron pacto.
 Se dió a la alondra la luz del día,
 Se dió a los buhos sabiduría
 Y melodía al ruiseñor.
 A los leones fué la victoria,
 Para las águilas toda la gloria,
 Y a las palomas todo el amor.

Pero vosotros sois los divinos
 Príncipes. ¡Vagos como las naves,
 Inmaculados como los linos,
 Maravillosos como las aves!

En vuestros picos teneis las prendas
 Que manifiestan corales puros.
 Con vuestros pechos abris las sendas:
 Que arriba indican los Dioscuros.

Las dignidades de vuestros actos,
 Eternizadas en lo infinito,
 Hacen que sean ritmos exactos,
 Voces de ensueños, luces del mito.

De orgullo olímpico sois el resumen,
 ¡Oh, blancas urnas de la armonía!
 ¡Ebúrneas joyas que anima un numen
 Con su celeste melancolía!

¡Melancolía de haber amado
 Junto a la fuente de la arboleda,
 El luminoso cuello estirado
 Entre los blancos muslos de Leda!

RECREACIONES ARQUEOLOGICAS

A Julio L. Jaimes.

FRISO

Cabe una fresca viña de Corinto
 Que verde techo presta al simulacro
 Del Dios viril, que artífice de Atenas
 En intacto pentélico labrara,
 Un día alegre, al deslumbrar el mundo
 La armonía del carro de la Aurora,
 Y en tanto que arrullaban sus ternezas
 Dos nevadas palomas venusinas
 Sobre rosal purpúreo y pintoresco,
 Como olímpica flor de gracia llena,
 Vi el bello rostro de la rubia Eunice.
 No más gallarda se encamina al templo
 Canéfora gentil, ni más riente
 Llega la musa a quien favor prodiga
 El divino Sminteo, que mi amada
 Al tender hacia mí sus tersos brazos.

Era la hora del supremo triunfo
 Concedido a mis lágrimas y ofrendas
 Por el poder de la celeste Cipris,
 Y era el ritmo potente de mi sangre
 Verso de fuego que al propicio numen
 Cantaba ardiente de la vida el himno.
 Cuando mi boca en los bermejos labios
 De mi princesa de cabellos de oro
 Licor bebía que afrentara el néctar,

Por el sendero de fragantes mirtos
 Que guía al blanco pórtico del templo,
 Súbitas voces nuestras ansias turban.

Lírica procesión al viento esparce
 Los cánticos rituales de Dionisio,
 El evohé de las triunfales fiestas,
 La algazara que enciende con su risa
 La impúber tropa de saltantes niños,
 Y el vivo són de músicas sonoras
 Que anima el coro de bacantes ebrias.
 En el concurso bíquico el primero,
 Regando rosas y tejiendo danzas,
 Garrido infante, de Eros por hermoso
 Emulo y par, risueño aparecía.
 Y de él en pos las ménades ardiantes,
 Al aire el busto en que su pompa erigen
 Pomas ebúrneas; en la mano el sistro,
 Y las curvas caderas mal veladas
 Por las flotantes, desceñidas ropas,
 Alzaban sus cabezas que en consorcio
 Circundaban la flor de Citerea
 Y el pámpano fragante de las viñas.
 Aun me parece que mis ojos tornan
 Al cuadro lleno de color y fuerza:
 Dos robustos mancebos que los cabos
 de cadenas metálicas empuñan,
 Y cuyo porte y músculos de Ares
 Divinos dones son, pintada fiera
 Que felino pezón nutrió en Hircania,
 Con gesto heroico entre la turba rigen;
 Y otros dos un leopardo cuyo cuello
 Gracias de Flora ciñen y perfuman
 Y cuyos ojos en las anchas cuencas
 De furia henchidos sanguinosos giran.
 Pétalos y uvas el sendero alfombran,

Y desde el campo azul do el Sagitario
De coruscantes flechas resplandece,
Los urnas de la luz la tierra bañan.

Pasó el tropel. En la cercana selva
Lúgubre resonaba el grito de Atis,
Triste pavor de la inviolada ninfa.
Deslizaba su paso misterioso
El apacible coro de las Horas.
Eco volvía la acordada queja
De la flauta de Pan. Joven gallardo,
Más hermoso que Adónis y Narciso,
Con el aire gentil de los efebos
Y la lira en las manos, al boscaje
Como lleno de luz se dirigía.
Amor pasó con su dorada antorcha.
Y no lejos del nido en que las aves,
Las dos aves de Cipris, sus arrullos
Cual tiernas rimas a los aires dieran,
Fuí más feliz que el luminoso cisne
Que vió de Leda la inmortal blancura,
Y Eunice pudo al templo de la diosa
Purpúrea ofrenda y tórtolas amables
Llevar el día en que mi regio triunfo
Vió el Dios viril en mármol cincelado
Cabe la fresca viña de Corinto.

ERA UN AIRE SUAVE

Era un aire suave, de pausados giros;
El hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
E iban frases vagas y tenues suspiros
Entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto a los ramajes,
Diríase un trémolo de liras eolias
Cuando acariciaban los sedosos trajes
Sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
Daba a un tiempo mismo para dos rivales,
El vizconde rubio de los desaffos
Y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
Reía en su máscara Término barbudo,
Y, como un efebo que fuese una niña,
Mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un boscaje del amor palestra,
Sobre rico zócalo al modo de Jonia,
Con un candelabro prendido en la diestra
Volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlabo sus mágicas notas,
Un coro de sonos alados se oía;
Galantes pavanas, fugases gavotas
Cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros
 Ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia;
 Pues son su tesoro las flechas de Eros,
 El cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
 ¡Ay de quien del canto de su amor se fie!
 Con sus ojos lindos y su boca roja,
 La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;
 Cuando mira vierte viva luz extraña:
 Se asoma a sus húmedas pupilas de estrella
 El alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes
 Ostenta su gloria de triunfos mundanos:
 La divina Eulalia, vestida de encajes,
 Una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado harmónico de su risa fina
 A la alegre música de un pájaro iguala,
 Con los *staccati* de una bailarina
 Y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
 Bajo el ala a veces ocultando el pico;
 Que desdeñes rudos lanza bajo el ala,
 Bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando a media noche sus notas arranque
 Y en arpegios áureos gima Filomela,
 Y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque,
 Como blanca góndola imprima su estela,

La marquesa alegre llegará al bosque,
 Boscaje que cubre la amable glorieta

Donde han de estrecharla los brazos de un
 Que siendo su paje será su poeta. (paje,

Al compás de un canto de artista de Italia
 Que en la brisa errante la orquesta deslíe,
 Junto a los rivales la divina Eulalia,
 La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,
 Sol con corte de astros, en campos de azul?
 ¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
 La regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía
 Con dedos de ninfa, bailando el minué,
 Y de los compases el ritmo seguía
 Sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastoras de floridos valles
 Ornaban con cintas sus albos corderos,
 Y oían divinas Tirsis de Versalles,
 Las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
 De amantes princesas y tiernos galanes,
 Cuando entre sonrisas y perlas y flores
 Iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte o en el Mediodía?
 Yo el tiempo y el día y al país ignoro,
 Pero sé que Eulalia ríe todavía,
 ¡Y es cruel y eterna su risa de oro!

¡TORRES DE DIOS! ¡POETAS!

¡Torres de Dios! ¡Poetas!
 ¡Pararrayos celestes,
 Que resistís las duras tempestades,
 Como crestas escuetas,
 Como picos agrestes,
 Rompeolas de las eternidades!

La mágica Esperanza anuncia un día
 En que sobre la roca de armonía
 Expirará la pérfida sirena.
 ¡Esperad, esperemos todavía!

Esperad todavía.
 El bestial elemento se solaza
 En el odio a la sacra poesía
 Y se arroja baldón de raza a raza.
 La insurrección de abajo
 Tiende a los Excelentes.
 El caníval codicia su tasajo
 Con roja encía y afilados dientes.

Torres, poned al pabellón sonrisa.
 Poned ante ese mal y ese recelo,
 Una soberbia insinuación de brisa
 Y una tranquilidad de mar y cielo....

LETANIA DE NUESTRO SEÑOR
DON QUIJOTE.

A Navarro Ledesma.

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
 Que de fuerza alientas y de ensueño vistes,
 Coronado de áureo yelmo de ilusión;
 Que nadie ha podido vencer todavía,
 Por la adarga al brazo, toda fantasía,
 Y la lanza en riestre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
 Que santificaste todos los caminos
 Con el paso augusto de tu horocidad,
 Contra las certezas, contra las conciencias
 Y contra las leyes y contra las ciencias,
 Contra la mentira, contra la verdad.....

Caballero errante de los caballeros,
 Barón de varones, príncipe de fieros,
 Par entre los pares, maestro, ¡salud!
 ¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes
 Entre los aplausos o entre los desdenes,
 Y entre las coronas y los parabienes
 Y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias
 Antiguas y para quien clásicas glorias
 Serían apenas de ley y razón,

Soportas elogios, memorias, discursos,
Resistes certámenes, tarjetas, concursos,
Y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño,
A un enamorado de tu Clavileño,
Y cuyo Pegaso relincha hacia tí;
Escucha los versos de estas letanías,
Hechas con las cosas de todos los días
Y con otras que en lo misterioso ví.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
Con el alma a tientas, con la fe perdida,
Llenos de congojas y faltos de sol,
Por advenedizas almas de manga ancha,
Que ridiculizan el ser de la Mancha,
El ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos
Las mágicas rosas, los sublimes ramos
De laurel! *Pro novis ora*, gran señor.
(Tiembla la floresta de laurel del mundo,
Y antes que tu hermano vago, Segismundo,
El pálido Hamlet te ofrese una flor.)

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
Ruega, casto, puro, celeste, animoso;
Por nos intercede, suplica por nos,
Pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
Sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
Sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
De los superhombres de Nietzsche, de cantos
Afonos, recetas que firma un doctor,
De las epidemias de horribles blasfemias

De las Academias,
¡Líbranos, señor.

De rudos malsines,
Falsos paladines,
Y espíritus finos y blandos y ruines,
Del hampa que sacia
Su canallocracia
Con burlar la gloria, la vida, el honor;
Del puñal con gracia,
¡Líbranos, señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
Que santificaste todos los caminos
Con el paso augusto de tu heroicidad,
Contra las certezas, contra las conciencias
Y contra las leyes y contra las ciencias,
Contra la mentira, contra la verdad.....

¡Ora por nosotros, señor de los tristes,
Que de fuerza alientas y de ensueño vistes,
Coronado de áureo yermo de ilusión;
Que nadie ha podido vencer todavía,
Por la adarga al brazo, toda fantasía,
Y la lanza en riestro, toda corazón!

LOS MOTIVOS DEL LOBO

EL VARÓN QUE TIENE CORA-
ZÓN DE LIS,

Alma de querube, lengua celestial,
El mínimo y dulce Francisco de Asís,
Está con un rudo y torve animal,

Bestia temerosa, de sangre y de robo,
 Las fauces de furia, los ojos de mal:
 El lobo de Gubbia, el terrible lobo.
 Rabioso ha asolado los alrededores,
 Cruel ha deshecho todos los rebaños;
 Devoró corderos, devoró pastores,
 Y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
 Fueron destrozados. Los duros colmillos
 Dieron cuenta de los más bravos perros,
 Como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió:
 Al lobo buscó
 En su madriguera.
 Cerca de la cueva encontró a la fiera
 Enorme, que al verle se lanzó feroz
 Contra el. Francisco, con su dulce voz,
 Alzando la mano,
 Al lobo furioso dijo:—*Paz, hermano*
Lobo! El animal
 Contempló al varón de tosco sayal;
 Dejó su aire arisco,
 Cerró las abiertas sauces agresivas,
 Y dijo:—*¡Está bien, hermano Francisco!*
¡Cómo! —exclamó el santo.— *¡Es ley que tú vivas*
De horror y de muerte?
¿La sangre que vierte
Tu hocico diabólico, el duelo y espanto
Que esparces, el llanto

De los campesinos, el grito, el dolor
De tanta criatura de Nuestro Señor,
¿No han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?
 Y el gran lobo, humilde:—*¡Es duro el invierno,*
Y es horrible el hambre! En el bosque helado
No hallé que comer; y busqué el ganado,
Y en veces comí ganado y pastor.
¿La sangre? Yo ví más de un cazador
Sobre su caballo, llevando el azor
Al puño; o correr tras el jabalí,
El oso y el ciervo; y más de uno ví
Mancharse de sangre, herir, torturar,
De las roncacas trompas al sordo clamor,
A los animales de Nuestro Señor.
Y no era por hambre, que iban a cazar.
 Francisco responde:—*En el hombre existe*
Mula levadura,
Cuando nace viene con pecado. Es triste.
Mas el alma simple de la bestia es pura,
Tu vas a tener
Desde hoy qué comer.
Dejarás en paz
Rebaños y gente en este país.
¡Que Dios melifique tu ser montaraz!
 —*Está bien, hermano Francisco de Asís.*
 —*Ante el Señor, que todo ata y desata,*

En fe de promesa tiéndeme la pata.
 El lobo tendió la pata al hermano
 De Asís, que a su vez le alargó la mano.
 Fueron a la aldea. La gente veía
 Y lo que miraba casi no creía.
 Tras el religioso iba el lobo fiero,
 Y, baja la testa, quieto le seguía
 Como un can de casa o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
 Y allí predicó.
 Y dijo:—*He aquí una amable caza.*
El hermano lobo se viene conmigo;
Me juró no ser ya nuestro enemigo,
Y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
A la pobre bestia de Dios.—¡Así sea!
 Contestó la gente toda de la aldea.
 Y luego, en señal
 De contentamiento
 Movió testa y cola el buen animal,
 Y entró con Francisco de Asís al convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
 En el santo asilo.
 Sus bastas orejas los salmos oían
 Y los claros ojos se le humedecían.
 Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
 Cuando a la cocina iba con los legos.
 Y cuando Francisco su oración hacía,
 El lobo las pobres sandalias lamía.

Salía a la calle,
 Iba por el monte, descendía al valle,
 Entraba a las casas y le daban algo
 De comer. Mirábanle como a un manso galgo.
 Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
 Dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
 Desapareció, tornó a la montaña,
 Y recomenzaron su aullido y su saña.
 Otra vez sintióse el temor, la alarma,
 Entre los vecinos y entre los pastores;
 Colmaba el espanto los alrededores,
 De nada servían el valor y el arma,
 Pues la bestia fiera
 No dió treguas a su furor jamás,
 Como si tuviera
 Fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
 Todos los buscaron con quejas y llanto,
 Y con mil querellas dieron testimonio
 De lo que sufrían y perdían tanto
 Por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.
 Se fué a la montaña
 A buscar al falso lobo carnicero.
 Y junto a su cueva halló a la alimaña.
 —*En nombre del padre del sacro universo,*
Conjúrote, dijo, ¡oh lobo perverso!
A que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
 Contesta. Te escucho.

Como en sorda lucha, habló el animal,
La boca espumosa y el ojo fatal:

—Hermano Francisco, no te acerques mucho....

Yo estaba tranquilo allá, en el convento,

Al pueblo salía,

Y si algo me daban estaba contento

Y manso comía.

Mas empecé a ver que en todas las casas

Estaban la Envidia, la Saña, la Ira,

Y en todos los rostros ardían las brasas

De odio, de lujuria, de infamia y mentira.

Hermanos a hermanos hacían la guerra,

Perdían los débiles, ganaban los malos,

Hembra y macho eran como perro y perra,

Y un buen día todos me dieron de palos.

Me vieron humilde, lamía las manos

Y los pies. Seguía tus sagradas leyes,

Todas las criaturas eran mis hermanos,

Los hermanos hombres, los hermanos bueyes,

Hermanas estrellas y hermanos gusanos.

Y así, me apalearon y me echaron fuera,

Y su risa fué como un agua hirviente,

Y entre mis entrañas revivió la fiera,

Y me sentí lobo malo de repente:

Mas siempre mejor que esa mala gente.

Y recomencé a luchar aquí;

A me defender y a me alimentar,

Como el oso hace, como el jabalí,

Que para vivir tiene que matar.

Déjame en el monte, déjame en el risco,

Déjame existir en mi libertad,

Vete a tu convento, hermano Francisco,

Sigue tu camino y tu santidad.

El santo de Asís no le dijo nada.

Le miró con una profunda mirada,

Y partió con lágrimas y con desconsuelos

Y habló al Dios eterno de su corazón.

El viento del bosque llevó su oración,

Que era: Padre nuestro, que estás en los cielos..

INDICE

	Págs.
Prólogo.....	3
Rima.....	7
Rima. La Cifra.....	7
Estival.....	8
A Margarita Debaille.....	13
Vesperal.....	16
El Cisne.....	16
Epitalamio Bárbaro.....	17
Sinfonía en Gris Mayor.....	17
Sonatina.....	19
La Salutación del Optimista.....	20
Responso a Verlaine.....	22
Yo soy aquel que ayer no más decía.....	24
Los Tres Reyes Magos.....	27
De Otoño.....	28
Melancolía.....	28
Canción de Otoño en Primavera.....	29
La Dulzura del Angelus.....	31
Marcha Triunfal.....	32
«Charitas».....	34
A Roosevelt.....	35
Spes.....	37
Nocturno.....	37
Lo Fatal.....	38
Momotombo.....	39

Isael.....	41
Salutación al Aguila.....	42
Desde la Pampa.....	44
Revelación.....	46
Visión.....	48
La Canción de los Pinos.....	51
Vesper.....	52
A una Novia.....	53
Soneto.....	54
Interrogaciones.....	55
La Rosa Niña.....	56
Ante Todo, ¡Gloria a tí, Leda!.....	58
Recreaciones Arqueológicas.....	60
Era un aire suave.....	63
¡Torres de Dios! ¡Poetas!.....	66
Letanía de Nuestro Señor Don Quijote.....	67
Los Motivos del Lobo.....	69

Cuadernos quincenales destinados a la divulgación de la buena literatura. Selecciones de los mejores autores.

El próximo número, contendrá una selección de las obras de Don *Ignacio M. Altamirano* con un estudio de su personalidad.

En preparación:

Cuentos de Andersen.
Manuel José Othón.
«Peter Pan» de James M. Barrie.
Ignacio Ramírez.
Guillermo Valencia.
Ibsen.
D. Juan Ruiz de Alarcón.
Cuentos de Perrault.
Justo Sierra.
Enrique José Varona.
Amado Nervo.

PRECIO:

En toda la República: \$0.25 oro nacional.

En el extranjero: 0.30 oro.

Subscripciones: { Por 3 meses 1.30 oro nacional (sólo en la
" 6 " 2.50 " " (Capital).

Todos los pedidos y subscripciones solicítense a "Cultura", Apartado postal 4527.

AGENTES GENERALES:

Porrúa Hnos. Esquina Réloj y Donceles.

José Velasco, Apartado 115 bis.

México, D. F.

La correspondencia dirijase al

APARTADO POSTAL 4527.—MÉXICO, D. F.

NUMEROS PUBLICADOS DE «CULTURA»

Primer Volumen.

- 1º Cuentos y Semanas Alegres, de Angel de Campo (Micrós), con prólogo de Luis G. Urbina.
- 2º Escritos de José Enrique Rodó, con un estudio de Pedro Henríquez Ureña.
- 3º Cuentos de Manuel Gutiérrez Nájera (El Duque Job), con unas primeras palabras de Margarita Gutiérrez Nájera.
- 4º "El Pájaro Azul," de Mauricio Maeterlinck, traducido por Roberto Brenes Mesén y con ilustraciones de Saturnino Herrán.
- 5º Conclusión de "El Pájaro Azul", con bellísimas ilustraciones de Saturnino Herrán.
- 6º Poesías selectas de Sor Juana Inés de la Cruz

Segundo Volumen.

- 1º Versos selectos de Rubén Darío. Dibujos de S. Herrán.

Pedidos de todos los números al

APARTADO POSTAL 4527 MEXICO, D. F.

El próximo número Selección de los mejores escritos de Dn. Ignacio M. Altamirano.



PC
D3
19

34